

4. COMUNICACIONES A LA SEXTA PONENCIA

EL HOMBRE ENTRE EL PECADO Y LA REDENCION

JOSEF SCHUMACHER

1. *La realidad del pecado*

El Concilio Vaticano II señala en la constitución pastoral *Gaudium et spes* el extraño poder del mal, haciendo notar que el hombre como individuo y en comunidad debe sostener siempre una dramática lucha entre el bien y el mal¹ y que la guerra contra los poderes de las tinieblas, que empezó con el inicio de la historia, durará hasta el día del juicio². Pero destaca al mismo tiempo que «el príncipe de este mundo» fue vencido ya por Cristo y que el triunfo de Cristo es la fuerza de los redimidos³. De este modo el Concilio se opone a esa especie de subestimación o desprecio del pecado y del mal, pero aborda la situación del mundo y del hombre desde un ángulo radicalmente positivo⁴.

En el sínodo de los obispos celebrado en Roma en otoño de 1983, muchos prelados lamentaron la desaparición de la conciencia de pecado. Se consideró esa desaparición como una de las causas principales del progresivo alejamiento de los fieles del sacramento de la penitencia. También es significativo que la noción de pecado en su significado ético-religioso pierda fuerza en el lenguaje ordinario, derivan-

1. *Gaudium et spes*, 13.

2. *Ibidem*, 37.

3. *Ibidem*, 13.22.37.38.

4. J. Ratzinger, *Kommentar zu Kap. I des 1. Teils der Pastoral-konstitution über die Kirche in der Welt von heute* en: *LThK, Ergänzungsband III*, Freiburg 1968, 320.

do hacia un uso irónico del término⁵. No pocas veces se ha perdido totalmente la realidad del pecado. Gottfried Benn es un ejemplo representativo cuando dice: «Nunca me preocupó la cuestión de la culpa, del pecado y del más allá; tales cuestiones no existían para mí, simplemente. No me dicen absolutamente nada»⁶. La conciencia de culpa en sentido propio resulta extraña para muchas personas, y no sólo fuera del cristianismo y de la Iglesia. La culpa y la redención, que en otros tiempos fueron problemas centrales de la bibliografía han cedido el puesto a la cuestión del «sentido». A nivel de opinión público se sigue hablando de culpa y se buscan culpables, pero haciendo referencia, más que al individuo, a la sociedad y a las relaciones sociales⁷.

La pérdida progresiva de la conciencia de pecado tiene también, sin duda, razones intraeclesiales, como, por ejemplo, el tratamiento casuístico del pecado o un cierto legalismo y moralismo en el pasado⁸; pero las verdaderas razones se encuentran en otra parte: en la superficialidad de nuestra vida, en la preponderancia del pensamiento naturalista y técnico, en la decadencia de la escala de valores, en la desaparición de la responsabilidad ética y en el creciente subjetivismo de la conducta de los individuos⁹. Se cuestiona también la libertad del hombre. Todos estos fenómenos deben considerarse sobre el trasfondo de la secularización de la vida de los cristianos y de una negación práctica y teórica de Dios o de una imagen problemática de él. El pecado se convierte en un concepto vacío si Dios no existe. Pero también una imagen de Dios deficiente viene a oscurecer la conciencia de pecado. Así, es frecuente considerar a Dios exclusivamente

5. Es significativa la formación de palabras como «pecador de tráfico», o «pecado ambiental», y la unión de términos como «pecaminosamente caro», «bello como el pecado», «noche de pecado» o «mujer pecadora» (J. Pieper, *Über den Begriff der Sünde*, München 1977, 12; H. U. von Balthasar, *Klarstellungen, Zur Prüfung der Geister*, Freiburg 1971, 140s; M. Sievernich, *Schuld und Sünd in der Gegenwart*, en *Frankfurter Theologische Studien* 29, Frankfurt 1982, 16).

6. Carta de 1949 a su hija, citada por L. Perlitt, *Verborgener und offener Gott, Gottfried Benn vor der Gottesfrage* en: R. Grimm, W.-D. Marsch, Herg., *Kunt im Schatten Gottes, Für und wider Gottfried Benn*, Göttingen 1962, 112-142, aquí; 142, cfr. M. Sievernich, *l.c.*, 16.

7. P. Kurz, *Das Böse und die Schuld in der zeitgenössischen Literatur*, en: St. Rehl, Hrg., *Sünde-Schul-Erlösung, Kongrep der Moralthologen und Sozialethiker 1971 in Salzburg*, Salzburg 1973, 47s.

8. M. Sievernich, *l.c.*, 17.

9. Cfr. L. Scheffczyk, *Die spezifische Heilswirkung des Bußsakramentes*, en: K. Dick, J. Rathofer, L. Scheffczyk, J. Torelló, *Erneuerung durch Buße*, VIII. Internationales Priesterreffen in Deutschland, Bensberg, 18.-20. August 1977 (Sinn und Sendung 3), St. Augustin 1978, 18-21.

como el ser misericordioso «referido a nuestro amor y nuestra reconciliación»¹⁰. No se soporta ya la imagen antropomorfa de Dios como el Dios de la ira y del juicio que encontramos también en la revelación, y se fabrica un Dios que, en expresión de F. Nietzsche, «se parece más a un abuelo que a un padre: viejo, débil, blando y compasivo»¹¹. No se toma en serio la santidad de Dios, su perfección absoluta, que no castiga ni juzga el pecado de un modo antropomórfico, sino que lo rechaza radicalmente, se distancia de él y así lo desmascara¹².

Si, además, se concibe al hombre como un ser esencialmente inacabado, que debe evolucionar hasta alcanzar la plena humanidad, no resulta procedente cargarle con una responsabilidad última. De ahí la tendencia a considerar la culpa y el pecado como simple debilidad¹³.

Es significativo el hecho de que la progresiva desaparición de la conciencia de pecado no se produzca sólo en el área de la Iglesia Católica, sino también en el seno de las confesiones protestantes, aunque Lutero hizo del pecado la piedra angular de toda su teología¹⁴.

En definitiva, la naturaleza radical del pecado sólo aparece con claridad «cuando se considera y se valora la unión sobrenatural de Dios con el hombre mediante el amor y la gracia»¹⁵. Por eso la conciencia de pecado y la comprensión de éste aumentan a medida que el hombre vive partiendo de esta unión con Dios. Si los santos tuvieron una experiencia tan intensa de su condición pecadora, no fue debido a una humildad exagerada, sino a un sentido de la realidad. Paralelamente a esto encontramos el otro hecho psicológico de que el hombre se percata tanto menos del pecado cuanto más dominado está por él

10. *Ibidem*, 21s.

11. F. Nietzsche, *Also sprach Zarathustra* (Kröners Taschenausgabe 75), Stuttgart 1953, 288 (4. Teil: *Ausser Dienst*); Cfr. A. Ziegenaus, *Umkehr-Versöhnung-Friede, Zu einer theologisch verantworteten Praxis von Bußgottesdienst und Beichte*, Freiburg 1975, 316; L. Scheffczyk, *Die spezifische Heilswirkung des Bußsakramentes*, l.c., 22.

12. *Ibidem*, 22s.

13. K. Lorenz, *Das sogenannte Böse, Zur Naturgeschichte der Aggression*, Wien 1963, 349; H. Haag, *Biblische Schöpfungslehre und kirchliche Erbsündenlehre*, Stuttgart 1966, 46.

14. J. Ch. Hampe, Hrsg., *Die Autorität der Freiheit, Gegenwart des Konzils und Zukunft der Kirche im ökumenischen Disput III*, München 1967, 110; J. Ratzinger, *Kommentar zu Kap. I des 1. Teils der Pastoralkonstitution über die Kirche in der Welt von heute*, l.c., 320.

15. L. Scheffczyk, *Wirklichkeit und Geheimnis der Sünde, Sünde-Erbsünde* (Christliches Leben heute 10/11) Augsburg 1970/37.

en su vida cotidiana¹⁶. Dadas estas relaciones, puede ser pastoralmente muy importante despertar y mantener la conciencia de pecado¹⁷. También es funesto afirmar que la incredulidad es el único pecado grave o que la fe borra el pecado en el mismo instante de cometerlo. Esta concepción elimina a la larga toda conciencia de pecado, porque de ese modo se puede liberar al creyente de toda responsabilidad¹⁸.

2. El pecado en la Biblia

El pecado es ya una categoría fundamental en el Antiguo Testamento. Es verdad que éste nos presenta a veces algunas concepciones imperfectas del pecado: representaciones tabuistas o mágicas, que el propio Antiguo Testamento va descartando progresivamente¹⁹. Los grandes profetas contribuyeron en gran medida a su superación y a la interiorización del concepto de pecado²⁰.

Un rasgo fundamental de la antropología veterotestamentaria es la dependencia absoluta del hombre con respecto a Dios. Esta dependencia presenta cierto aspecto antitético frente a su responsabilidad: el hombre es libre, y dentro de esta libertad debe afirmar su dependencia de Dios. Su responsabilidad es tan radical que aun los pensamientos están supeditados a ella. Sobre ella cargan los constantes fracasos del hombre, su condición pecadora, que le mueve a acusarse, sobre todo, ante los sufrimientos y las catástrofes que le sobrevienen, y a pedir perdón a Yahvé. De la experiencia del perdón brota luego la viva conciencia de la salvación en Dios, la afirmación consciente de la vida y del mundo²¹.

16. J. H. Newman, *Pfarr- und Volkspredigten* (Predigten, Gesamtausgabe I), Stuttgart 1948, 58.

17. Correspondencia de J. H. Cardenal Newman con John Keble y otros 1839-1845, ed. at the Birmingham Oratory 1917, 206.

18. J. H. Newman, *Pfarr- und Volkspredigten* (Predigten, Gesamtausgabe V), Stuttgart 1953, 212s.

19. B. Häring, *Sünde im Zeitalter der Säkularisation*, Graz 1974, 9-14; I. Scheffczyk, *Wirklichkeit und Geheimnis der Sünde*, l.c., 38-40.

20. W. Eichrodt, *Theologie des Alten Testaments* II/III, Göttingen ⁴1974, 266s.; L. Winner, *Sühne im interpersonalen Vollzug, Versuch einer Erhellung des Sühnebegriffs im Anschluß an die Transzendentalphilosophie J. G. Fichtes und seine Verifizierung im Rahmen der biblischen Botschaft* (Paderborner Theologische Studien 8), München 1978, 126s; I. Scheffczyk, *Wirklichkeit und Geheimnis der Sünde*, l.c., 41.

21. F. Maass, *Was ist Christentum?*, Tübingen ²1981, 60-72.

Ya el relato de la caída original²² expresa de modo impresionante el carácter general del pecado. Según expone el yahvista, esta caída original convirtió la historia del hombre en historia del pecado, y la tremenda realidad del pecado pasó a ser un «tema constante de la vida y del ser del pueblo de Dios veterotestamentario»²³. Los textos de Gén 4-11 muestran el «incremento incesante del pecado como etapas de un camino que va alejando a los hombres de Dios, de forma que el israelita, cuando lanza una mirada retrospectiva a la historia de la humanidad, ve pecado en todas partes»²⁴.

El pecado tiene también en el Nuevo Testamento una relevancia tan grande que perdería algo sustancial si no se tomase en serio y en todo su alcance. Todos los Evangelios señalan que Jesús combate el pecado en sus actos y en su predicación. Quiere ante todo exterminar el mal, como causa decisiva de la perdición del mundo²⁵. Para Jesús, que fue enviado a redimir a su pueblo del pecado²⁶, todos son culpables ante Dios y sólo se da una diferencia relativa entre los justos y los injustos²⁷; todos los hombres necesitan del perdón²⁸, todos son malos²⁹. El pecado aparece en el Evangelio de San Juan como «antítesis del hombre frente a Dios» y como «perversión total de las relaciones sobrenaturales de Dios con el hombre»³⁰, como sometimiento al poder de Satanás, sin perjuicio de la responsabilidad del hombre³¹.

Jesús proclama la misericordia de Dios, pero exige al mismo tiempo la *metanoia* del hombre como entrega incondicional a Dios³². Esta *metanoia* es, en tanto que *conversio ad Deum*, un momento integral del anuncio de la *basileia* por parte de Jesús³³.

22. Gn 3,1-7.

23. L. Scheffczyk, *Wirklichkeit und Geheimnis der Sünde*, l.c., 28s.

24. F. Dingermann, Art. *Sünde* II, en. *LThK* IX, Freiburg 1964, 1171 bzw. 1170s.

25. Mc 1,15; Lc 11,2.

26. Mt 1,21.

27. Mc 2,17; Lc 17,7-10; 18,9-14.

28. Lc 11,4.

29. Lc 11,13; 13,3.5; Jo 8,7; cfr. A. Vögtle, Art. *Sünde* IV, en: *LThK* IX, Freiburg 1964, 1174.

30. L. Scheffczyk, *Wirklichkeit und Geheimnis der Sünde*, l.c., 54.

31. Jo 8,44; 8,24; 15,22.

32. A. Vögtle, l.c., 1174.

33. Mc 1,15; cfr. Mt 4,17.

Pablo señala con énfasis el poder destructor del pecado³⁴. No hay que olvidar, sin embargo, que Pablo llega a esta concepción mediante el encuentro con el misterio de la redención y que la oscuridad del pecado aparece iluminada por el brillo de este misterio³⁵.

El lugar básico y la fuente de todo pecado es la conciencia del hombre. Esto aparece destacado en el Nuevo Testamento con más vigor que en el Antiguo³⁶. La verdadera sede y el verdadero órgano de la vida moral es para Jesús el corazón humano³⁷. Por eso exige «la intencionalidad como el elemento decisivo de la conducta moral» y «hace del corazón el centro de la personalidad ética»³⁸.

3. La esencia del pecado

Las nociones de pecado y de culpa suelen emplearse como sinónimos. Así lo constata ya Santo Tomás de Aquino en su época³⁹. Esta terminología, sin embargo, es inexacta. En el lenguaje habitual, sin mayor precisión teológica, suele entenderse por culpa una conducta moral deficiente, libremente aceptada, una transgresión del recto orden o una falta contra la naturaleza o contra la razón; el pecado, en cambio, incluye la dimensión teológica. La culpa se convierte en pecado cuando se entiende como oposición a Dios, como ofensa al Dios personal, cuando se reconoce y se confiesa como culpa ante Dios⁴⁰. A Dios se le puede considerar como el origen del orden de la creación creado o del orden de la salvación y redención. El pecado es, pues, un hecho que tiene lugar entre Dios y el hombre y que es reco-

33. *Mc* 1,15; cfr. *Mt* 4,17.

34. *Rom* 3,9,23; 5,18f; *Gal* 3,22.

35. *Rom* 3,25; 6,2s; 7,24s; L. Scheffczyk, *Wirklichkeit und Geheimnis der Sünde*, I.c., 34s.

36. *Mt* 5,21-32.

37. *Mc* 7,14-23; *Mt* 15,17-20; 5,28; 6,22s; 12,33ss.

38. R. Schnackenburg, *Die sittliche Botschaft des neuen Testaments* München 1962, 48.

39. *De malo* q.2, a.2.

40. B. Frahling, *Persönliche Bewältigung der Schuld, Reue Metanoia* en: St. Rehr, Hrsg. *Sünde-Schuld-Erlösung, Kongreß der Moralthologen und Sozialethiker 1971 in Salzburg*, Salzburg 1963, 87; M. Sievernich, I.c., 15.

nocido como tal. Por eso pertenece a la esfera más íntima de la persona y, en última instancia, no es comprensible desde fuera⁴¹.

La culpa y el pecado afectan básicamente a la condición humana. Esto se comprueba ya en una simple ojeada a la historia de la cultura y de la religión. Los hombres han sentido siempre que la culpa es, en el fondo, pecado⁴². La valoración ético-religiosa de la culpa aparece con mayor claridad a medida que la concepción monoteísta de Dios se va espiritualizando⁴³. La esencia del pecado sólo se entiende del todo cuando «Dios y el hombre se encuentran de un modo histórico y personal y brota la conciencia de una relación amorosa de Dios con el hombre»⁴⁴, en el orden sobrenatural de la salvación y la redención.

El fenómeno de la culpa, en consecuencia, no pertenece exclusivamente a la esfera ética, sino que traspasa sus límites y llega al ámbito religioso. La culpa moral pasa a ser así el pecado. Para el hombre religioso, la negación de los valores viene a ser negación de Dios y afirmación de la criatura, *aversio a Deo* y *conversio ad creaturas*. «La rebeldía contra la ley moral se convierte... en una rebeldía contra la santa voluntad de Dios»⁴⁵. Desde la perspectiva religiosa, «el deber subyacente en la esencia del bien moral es expresión y emanación de un querer absoluto, de una voluntad divina, y la voz de la conciencia es la voz de Dios en nosotros»⁴⁶. Pero esto significa separación y distanciamiento de Dios⁴⁷. La *conversio ad creaturas* habría que calificarla, para mayor exactitud, de *inordinata*, «desordenada», pues la criatura en sí no se opone al Creador, más bien está ordenada a él; pero el pecado pierde de vista esta ordenación⁴⁸. En otros términos, el pecado no reside propiamente en la *conversio*, aunque como acto se perciba así primariamente, sino en la *aversio*. «No se busca el mal a modo de inclinación hacia algo, sino a modo de

41. Vgl. M. Waldmann, Art. *Sünde*, in *LThK* IX, Freiburg ¹1937, 869; J. Pieper, *l.c.*, 19-23.30.48-62.

42. *Ibidem*, 67 s.

43. L. Scheffczyk, *Wirklichkeit und Geheimnis der Sünde*, *l.c.*, 22 s.

44. *Ibidem*, 27.

45. J. Hessen. *Die Werte des Heiligen, Eine neue Religions philosophie*, Regensburg 1938, 181s.

46. *Ibidem*, 182.

47. Jer 2,13: «Me han abandonado a mí, que soy fuente de agua viva y se han excavado cisternas rotas, que no pueden retener las aguas».

48. P. Schoonenberg, *Theologie der Sünde, Ein theologischer Versuch*, Einsiedeln 1966, 31.

separación de algo»⁴⁹. Pero la *ratio* de esta separación es el amor propio desmesurado y la exigencia de una libertad sin límites, que contienen implícitamente el ataque a Dios⁵⁰. El pecado pasa a ser de ese modo un misterio insondable, el *mysterium iniquitatis*, ya que supone la rebelión de lo finito contra lo infinito, de la criatura contra el Creador⁵¹.

El presupuesto fundamental del pecado es la libertad. El pecado es un abuso de la libertad, una libertad mal empleada. Tomás de Aquino dice: «... *ratio culpaе consistit in voluntaria aversione a Deo*»⁵². El hombre se opone a Dios y lesiona la verdadera esencia de la libertad, precipitándose así en la esclavitud⁵³. El Concilio Vaticano II asume también esta idea⁵⁴. El *abusus libertatis* conduce al *servire creaturae* y la *servitus peccati*, al *catenis vinctum esse*, es decir, a la pérdida de la libertad⁵⁵. Pero este abuso se produce siempre bajo la apariencia del bien, ya que la voluntad sólo puede moverse por un bien real —en tal caso el hombre obra bien— o aparente —en tal caso el hombre obra mal—. «El que peca, se aparta de lo que constituye la esencia del último fin, que busca erróneamente en otras cosas»⁵⁶. El pecado está favorecido por el apetito, por la concupiscencia, que atrae a la voluntad y la debilita⁵⁷, pero que no debe confundirse con aquél, como se hace a menudo⁵⁸.

La ruptura del hombre con Dios tiene consecuencias negativas en sus relaciones con el propio yo y con sus semejantes. Para sintonizar con la conciencia secularizada de nuestro tiempo, se ha destacado de modo especial este aspecto del pecado y se ha sustituido o ilustrado el «término ambiguo» de «pecado» por el concepto hegeliano de «alienación» o «autoalienación»⁵⁹. Esta terminología es muy acertada y

49. Tomás de Aquino, *De potentia* q.3, a.6 ad 14; *S Th* II/II, q.10, a.3; q.34, a.2; I/II, q.71, a.1c.

50. *S Th* III, q.8, a.7; I/II, q.77, a.4; q.84, a.2; cfr. J. Pieper *l.c.*, 72-84.

51. J. Hessen, *l.c.*, 182.

52. *S Th* II/II, q.34, a.2; cfr. q.10, a.3.

53. K. Rahner, Art. *Sünde* V, in: *LThK* IX, Freiburg ²1964, 1179; B. Häring, *l.c.*, 137.116; M. Sievernich, *l.c.*, 15.

54. *Gaudium et spes*, 13.

55. *Ibidem*.

56. *S Th* I/II, q.1, a.7 ad 1: «... qui peccant, avertuntur ab eo in quo vero inveniuntur ratio ultimi finis; non autem ab ipsa ultimi finis intentione, quam quaerunt falso in aliis rebus».

57. *Jac* 1,14.

58. W. Brugger, *Philosophisches Wörterbuch*, Friburg ⁵1953, 41.

59. P. Tillich, *Das religiöse Fundament des moralischen Handelns* *Schriften zur Ethik und zum Menschenbild* (Gesammelte Werke 3), Stuttgart 1965, 203.

expresiva, ya que el pecado pone al hombre en contradicción consigo mismo, ya que, estando el hombre referido a Dios en su ser más profundo, el pecado le lleva a la escisión interna⁶⁰. La autocontradicción del hombre en el pecado hace que no sea sólo Dios el que castiga el pecado, sino que el propio pecador se castigue a sí mismo. El castigo es el reverso del pecado⁶¹.

La autoalienación del hombre por el pecado consiste concretamente en el egoísmo, en la autoesclavitud y en la incapacidad para el amor y para la entrega. El pecador se odia a sí en un sentido esencial, es decir, más allá del aspecto psicológico, aunque también éste queda afectado con frecuencia⁶².

La separación de Dios y del propio yo es al mismo tiempo separación del tú. La conversión a Dios y al hombre como imagen y semejanza de Dios se corresponden⁶³. El carácter social del pecado se expresa claramente en la práctica penitencial de la Iglesia antigua, que se realizaba públicamente como excomunión y reconciliación⁶⁴.

En lo que respecta a la difícil cuestión de cómo es posible intrínsecamente el pecado, hay que recurrir a la noción agustiniana de «permisión»⁶⁵. Dios, por su misma bondad, permite el mal moral en una criatura finita y libre. No es Dios el origen del mal, sino la libertad del espíritu finito que declina del bien, cosa que Dios permite con miras a valores más elevados⁶⁶. Sabemos por la historia sagrada que Dios asumió el pecado en el plan de salvación y así sirvió para una manifestación más palmaria de su amor⁶⁷.

60. Vgl. A. M. Dorn, *Schuld-was ist das?, Versuch eines Überblicks, Das phänomen Schuld in Literatur, Psychologie, Verhaltensforschung, Jurisprudenz, Philosophie und Theologie*, Donauwörth 1976 143s; O. Semmelroth, *Strukturen und Perspektiven im Bußsakrament*, en: L. Bertsch, Hrsg., *Buße und Beichte, Theologische und seelsorgliche Überlegungen* Frankfurt 1967, 70.

61. M. Dorn, *l.c.*, 148.

62. R. Affemann, *Sünde und Erlösung in tiefenpsychologischer Sicht*, en: L. Scheffczyk, Hrsg., *Erlösung und Emanzipation* (QD 61), Freiburg 1973, 15-24; L. Scheffczyk, *Wirklichkeit und Geheimnis der Sünde*, *l.c.*, 75-78.

63. B. Häring, *l.c.*, 108s.

64. L. Scheffczyk, *Die spezifische Heilswirkung des Bußsakramentes*, *l.c.*, 40.

65. Augustinus, *Enchiridion* 96: «Non... fit aliquid nisi omnipotens fieri velit, vel sinendo ut fiat, vel ipse faciendo».

66. J. Bernhart, Art. *Das Böse*, en: H. Fries, Hrsg., *Handbuch theologischer Grundbegriffe*, I, München 1970 (Deutscher Taschenbuch Verlag dtv), 213; W. Brugger, *l.c.*, 41.

67. *Rom* 6,1s; vgl. L. Scheffczyk, Art. *Sünde*, en: H. Fries, Hrsg., *Handbuch*

Existe hoy la tendencia a desplazar el centro de gravedad del pecado y del mal hacia la culpa «objetiva», hacia la culpabilidad universal, a velar el pecado en singular y resaltar el pecado en plural, reduciéndolo así al anonimato. El hombre se siente hoy como objeto más que como sujeto del pecado. Su atención se dirige sobre todo al pecado estructural, a la injusticia institucionalizada, tal como se da, por ejemplo, en las relaciones políticas, sociales, económicas y culturales⁶⁸.

Este aspecto debe tenerse en cuenta si se quiere presentar al hombre moderno la doctrina de la Iglesia sobre el pecado. Pero no hay que olvidar que el pecado del mundo sólo se convierte en nuestro propio pecado con nuestra libre opción por el mal o con nuestra omisión del bien; que la aceptación personal es un elemento esencial del pecado. De ese modo quedamos insertos en el estado de perdición de los hombres⁶⁹. Sólo la persona puede pecar. Por eso no se puede declinar la responsabilidad personal en las estructuras⁷⁰. Además, la injusticia institucionalizada es muchas veces, aunque no siempre, la consecuencia del pecado del individuo.

No se puede eliminar la realidad del pecado ignorándola, silenciándola o restándole importancia. El pecado deja huellas profundas aun a nivel intramundano. El pecado no desaparece reprimiéndolo en la conciencia, desatendiéndolo o aboliéndolo, como se ha pretendido con frecuencia⁷¹. Entonces reaparece en formas nuevas y demuestra así que es real independientemente de la conciencia del hombre. Encuentra su expresión en la desorientación y la desesperación, en el desprecio de la dignidad humana y en la crueldad, en la persecución y en la guerra. El que se aparta de Dios, se vuelve necesariamente a los poderes antidivinos de la destrucción y el exterminio. Entre el ser y la nada no hay término medio⁷².

theologischer Grundbegriffe IV, München 1970 (Deutscher Taschenbuch Verlag dtv) 166.

68. M. Sievernich, *l.c.*, 22.294-297; K. Rahner, *Grundkurs des Glaubens, Einführung in den Begriff des Christentums*, Freiburg⁷ 1976, 99.

69. B. Häring, *l.c.*, 120.

70. M. Sievernich, *l.c.*, 24; A. M. Dorn, *l.c.*, 147s.

71. Asi Heinrich Heine y Friedrich Nietzsche (cfr. D. Sternberger, *Heinrich Heine und die Abschaffung der Sünde*, Frankfurt 1976, 288; Friedrich Nietzsche, *Der Antichrist* (Kröners Taschenausgabe 77), Stuttgart 1939, 202 (nn. 1422.) y 218ss (nn. 26ss.); M. Sievernich, *l.c.*, 18; J. Pieper, *l.c.*, 22s).

72. *Gaudium et spes*, 78.

El relato yahvista de la caída original y de sus consecuencias⁷³ subraya que la locura del hombre, su pretensión de ser como Dios, le hunde más en el abismo del mal⁷⁴. Es un tema fundamental de los profetas: el pecado da lugar a la desgracia y a nuevos pecados. La ruptura de las relaciones con Dios lleva al hombre a un sufrimiento progresivo⁷⁵, aunque él no se percate de ello. El tiempo cura las heridas, mas no la culpa⁷⁶. La desgracia es el fruto de la mala acción⁷⁷. El pecado desarrolla una dinámica interna. El pecador es víctima de ella, lo quiera o no⁷⁸. Esto lo señala expresamente el Antiguo Testamento, pero señala también que Dios puede romper y rompe en efecto este círculo diabólico⁷⁹. Es significativo que el protoevangelio⁸⁰, la promesa de redención, sea una parte de la historia de la caída original⁸¹.

4. La redención, respuesta de Dios al pecado

El pecado no es sólo un acto pasajero, sino que perdura. Como explica Tomás de Aquino, del acto pecaminoso brota la *macula*⁸², una realidad negativa, una *privatio*⁸³ que debe concebirse como opacidad, como mancha⁸⁴, también como estado de esclavitud⁸⁵. El pecado constituye además una cualidad entitativa que alcanza al núcleo personal: el estado de culpabilidad, el *reatus*, como fruto interno del acto

73. Gn 3ss.

74. Cfr. P. Schoonenberg, *l.c.*, 73.

75. Jer 2,17.19; 16,11; 17,3; Bar 3,12f; 1 Sam 8,8; 1 Re 19,10; cfr. B. Häring, *l.c.*, 46-48.

76. Cfr. J. Pieper, *l.c.*, 109. Christa Meves escribe que disimular la culpa no cura al hombre; que es más importante, por consiguiente, descubrir la angustia de conciencia (Ch. Meves, *Manipulierte Maßlosigkeit*, Freiburg 1971, 119).

77. Arasteis impiedad, iniquidad segasteis (Os 10,13; cfr. Job 4,8; Pr 20,24; 22,8).

78. Sab 14,27; 14,255; Rom 1,24-32.

79. Cfr. Gn 33ss; Is 28,28s.

80. Gn 3,15.

81. Cfr. L. Scheffczyk, *Wirklichkeit und Geheimnis der Sünde, l.c.*, 116-126.

82. STh I/II, q.87, a.6.

83. *Ibidem*, q.86, a.2 ad 1.

84. *Ibidem*, q.86, a.2

85. *De malo*, q.14, a.2 ad 7.

pecaminoso⁸⁶. Esto supone el «tener culpa» y el «merecer un castigo»⁸⁷. El asesino, por ejemplo, es culpable del asesinato y merece la muerte. El «tener culpa» lleva consigo la *obligatio ad poenam*⁸⁸, la sanción. Después del rechazo interior de la mala acción, el reconocimiento de esta situación deriva en expiación, que expresa la disposición a reparar el daño causado⁸⁹. Existe para el hombre la posibilidad del perdón, ya que él puede optar de modo definitivo, mas no siempre lo hace. Su opción, a diferencia de la opción de un ser puramente espiritual, no es irrevocable. Puede repudiar el pecado o arrepentirse de él⁹⁰. El «no» al propio pecado. Pero el «no» dado al propio pecado debe encarnarse en la autoacusación, conforme a la estructura psico-somática del hombre... cosa que la experiencia humana general demuestra, por otra parte⁹¹. Si esto ocurre, y si el hombre asume el castigo o al menos está dispuesto a asumirlo, el pecado puede ser perdonado por aquél que fue por él ofendido.

En este punto aparece con claridad el significado de la redención. Dios mismo asume el castigo y perdona al pecador, a la humanidad como tal y al individuo, si se apartan del pecado. Esto se realiza en el misterio de la encarnación y mediante la vida y la muerte del Logos humanado. El cristianismo como religión de redención no puede prescindir del concepto de pecado. Cuando el pecado se convierte en una palabra extraña, ya no se reconoce el cristianismo en su más profunda esencia⁹².

El pecado y la redención se corresponden. La redención adquiere sentido sobre el fondo del pecado y de su realidad, y la esencia más profunda del pecado sólo aparece en la muerte en cruz de Jesús y en el misterio de la encarnación. Por eso sólo cabe hablar correctamente

86. *Ibidem*, q.2, a.2 ad 14.

87. *II Sent.*, dist. 42, q.1, a.2; *De malo*, q.2, a.2 ad 14.

88. *II Sent.*, dist. 42, q.1, a.2.

89. J. Pieper, *l.c.*, 106-113; W. Brugger, *l.c.*, 313s.

90. *STh* III, q.86, a.1.

91. J. Pieper, *l.c.*, 116-122.

92. Cfr. M. Scheler, *Vom Ewigen im Menschen* Bern ⁴1954, 232; L. Scheffczyk, *Wirklichkeit und Geheimnis der Sünde*, *l.c.*, 7; B. Wenisch, *Erlösung durch das Kreuz*, in: H. Pfeil, *Unwandelbares im Wandel der Zeit*, 20 *Abhandlungen gegen die Verunsicherung im Glauben II* Aschaffenburg 1977, 247-249; J. Rathofer, *Freiheit und Sünde - Überlegungen zur Sprache der Verkündigung*, en: K. Dick, J. Rathofer, L. Scheffczyk, J. Torelló, *Erneuerung durch Buße*, VIII. Internationales Priestertreffen in Deutschland, Bensberg, 18-20. August 1977 (Sinn und Sendung 3), St. Augustin 1978, 71s.

de la redención si se habla del pecado y, a la inversa, la redención proyecta una nueva luz sobre el misterio del pecado⁹³.

El mensaje fundamental del Nuevo Testamento es que Jesús de Nazaret es el redentor de los hombres. Los textos neotestamentarios explican que Jesús vino a entregar su vida para la redención de muchos⁹⁴, que entrega su cuerpo y derrama su sangre por muchos para el perdón de los pecados⁹⁵, es decir, por todos, a condición de que no se resistan. Según 1 Cor 15, 3-8, fórmula de fe prepaolina, Jesús murió, por nuestros pecados, según las Escrituras⁹⁶. Este punto aparece desarrollado, sobre todo, en la carta a los hebreos⁹⁷. La redención significa la reconciliación del hombre con Dios. Por eso el Nuevo Testamento presenta al hombre redimido como aquel que murió al pecado⁹⁸, que se despojó del hombre viejo y se revistió del nuevo⁹⁹, que ha renacido del agua y del Espíritu Santo, que nació de Dios y recibió la capacidad de ser hijo de Dios¹⁰⁰.

La esclavitud que nace del pecado se opone a la libertad de los hijos de Dios¹⁰¹, libertad anunciada y proclamada por la buena noticia¹⁰². El fin de la redención es la libertad o la filiación divina. Si la libertad y la filiación divina resultan aquí sinónimos, esto supone la realización plena de lo que la lengua latina «presintió»¹⁰³, empleando la misma palabra para significar «hijo» y «libre». El esclavo del pecado¹⁰⁴, que renunció a la filiación divina y así sucumbió a la muerte¹⁰⁵, es acogido de nuevo por Dios¹⁰⁶.

La redención es, ante todo, un suceso que se produce entre Dios y el hombre, en línea vertical. Pero tiene sus efectos en línea horizontal. Actualmente se subraya tanto este segundo aspecto de la redención, que se ha olvidado el primero: la reconciliación con Dios. Así se ha entendido la redención primariamente o de modo exclusivo

93. B. Häring, *l.c.*, 9.

94. *Mt* 20,28; *Lc* 10,45.

95. *Mt* 26,26-28; *Mc* 14,22-24; *Lc* 22,19s.

96. Cfr. *Gal* 1,4.

97. Cfr. F. Maass, *l.c.*, 47s.

98. *Rom* 6,10.

99. *Eph* 4,22-24; *Col* 3,9s.

100. *Jo* 3,5; 1,23.

101. *Rom* 8,21; *Gal* 4,24.31; 5,1.

102. *Gaudium et spes*, 41.

103. J. Rathofer, *l.c.*, 63.

104. *Rom* 6,16s.

105. *Rom* 6,16.23.

106. J. Rathofer, *l.c.*, 66-69.

como modificación de las relaciones externas, como liberación de la injusticia y del sufrimiento, para que el hombre llegue a la identidad consigo mismo; pero de ese modo el mensaje cristiano de la redención aparece traspuesto al ámbito social.

Hay que considerar tales intentos en el contexto de los esfuerzos de emancipación y de crítica de la sociedad, arrancando de Karl Marx y de Sigmund Freud. La teología no tiene por qué mirar con recelo el afán de libertad del hombre moderno. Debe asumir los estímulos provenientes del pensamiento actual. Debe reconocer en él la parte positiva y señalar, después, que la Biblia no concibe la redención como liberación *frente* al mundo, sino como liberación del mundo y del hombre que vive en él. Pero debe también guardar las perspectivas y constatar que la idea de la redención como cambio de las circunstancias externas, prescindiendo del pecado, falsifica el cristianismo. No se puede recurrir al Jesús histórico en favor de esta interpretación, como se ha hecho con frecuencia¹⁰⁷. La intención de Jesús iba dirigida primariamente a Dios y a la *basileia*¹⁰⁸. La liberación cristiana se refiere ante todo a la libertad interior, a los poderes esclavizantes del pecado. Ofrece una vida en comunión con Dios por medio de Cristo y de la Iglesia, de la cual derivan ciertas consecuencias en la configuración del mundo. La acentuación de este aspecto sirve para subrayar una vertiente olvidada en el pasado, y en este sentido tiene una cierta justificación¹⁰⁹; pero la revelación cristiana dice que la situación pecaminosa está condicionada por el pecado personal¹¹⁰.

Ya la razón y la experiencia deberían ponernos en guardia contra una horizontalización unilateral del mensaje cristiano de la redención. El cambio de las estructuras sólo puede producirse desde dentro, desde el cambio de los corazones; de lo contrario se necesita una

107. Así, por ejemplo, H. Kessler, *Erlösung als Befreiung*, Düsseldorf 1972, 59-69; A. Höfer, *Was heißt «Erlösung»? Theorie und 15 Katechesen*, Salzburg 1970, 52s.

108. J. Schumacher, *Der Anspruch Jesu in fundamentaltheologischer Sicht*, in *MThZ* 29, 1978, 119s.

109. Aun cuando, evidentemente, tanto en la pastoral diaria como en la misión del mundo, siempre se ha dado de alguna manera el servicio del hombre junto con la predicación y la preocupación por el bien temporal junto a la mediación de la vida eterna.

110. Cfr. S. Hengsbach, *Befreiung durch Christus-Wovon und Wozu?*, en: H. Pfeil, Hrsg., *Unwandelbares im Wandel der Zeit, 19 Abhandlungen gegen die Verunsicherung im Glauben I*, Achaffenburg 1976, 207-210; L. Scheffczyk, *Die Aufgabe der*

fuerza exterior y el empleo de la violencia. Por eso es un malentendido apelar al evangelio para luchar con violencia por la liberación de todos¹¹¹. Es cierto que el Evangelio prohíbe al cristiano la injusticia y la opresión, pero dirige la mirada hacia sus causas profundas: el egoísmo y el abuso del poder, que reaparecen constantemente en formas nuevas mientras no se produzca una conversión profunda del hombre. El cristiano libre, por efecto de la redención, sabe además que no es el tener, sino el ser la última plenitud del hombre, lo que da el sentido fundamental a la realidad, un sentido que decide del valor o desvalor del tener y del no tener¹¹².

El perdón de Dios presupone la conversión del hombre, que es obra del hombre y de Dios conjuntamente¹¹³. El sermón de San Pedro el día de Pentecostés culmina en la invitación: «Convertíos y haceos bautizar para el perdón de los pecados»¹¹⁴. La conversión es un tema importante en el último libro del Nuevo Testamento, el Apocalipsis. La conversión implica, de un lado, la renuncia voluntaria al mal y la destrucción de la mala voluntad y, de otro, la afirmación del valor transgredido y el retorno del alma a este valor y, por tanto, a Dios¹¹⁵. Implica la remodelación del espíritu del Redentor, la unión mística con el Cristo paciente¹¹⁶. Este espíritu se adquiere mediante la negación propia y en lucha diaria contra el pecado¹¹⁷. Por eso el mensaje de la redención y del pecado incluye el mensaje de la penitencia. La constitución litúrgica del Concilio Vaticano II señala que la Iglesia tiene la importante misión de difundir el espíritu de penitencia¹¹⁸.

Theologie angesichts der heutigen Erlösungsproblematik (Einführung) in: L. Scheffczyk, Hrsg., *Erlösung und Emanzipation* (QD 61), Freiburg 1973, 5-11; R. Affemann, l.c., 25; M. Sievernich, l.c., 298-301; B. Wenisch, l.c., 257s.

111. B. Häring, l.c., 157; cfr. 137-142.

112. J. Ratzinger, *Vorfragen zur Theologie der Erlösung*, in: L. Scheffczyk, Hrsg., *Erlösung und Emanzipation* (QD 61), Freiburg 1973, 146-155; A. Kolping, *Fundamentaltheologie II*, Münster 1974, 703; J. Schumacher, l.c., 129.

113. *Jer* 17,14; 31,18; *1 Petr* 2,25; *Ac* 3,11.

114. *Ac* 2,38.

115. J. Hessen, l.c., 186f; cfr. M. Scheler, l.c., 43.

116. F. Böckle, *Gesellschaftspolitische Aspekte der Sühne*, in: St. Rehr, Hrsg., *Sünde-Schuld-Erlösung, Kongreß der Moralthologen und Sozialethiker 1971 in Salzburg*, Salzburg 1973, 91; L. Scheffczyk, *Die spezifische Heilswirkung des Bußsakramentes* l.c., 33.

117. *Lumen gentium* 36.

118. *Sacrosanctum Concilium*, 9.

5. Desprecio del pecado

El desprecio del pecado viene a oscurecer el mensaje del cristianismo sobre la redención, si no llega a liquidarlo¹¹⁹. Esto puede producirse por dos vías: por la vía del debilitamiento o de la negación de la voluntariedad del pecado, cuestionando la libertad del hombre y su responsabilidad, y por la vía de la abolición del pecado, negando su condición de mal¹²⁰. El primer camino se recorre más bien en el plano extraeclesial¹²¹. Pero el resultado es el mismo.

Un dudoso optimismo de la salvación, que tiende a desvirtuar al cristianismo, aparece no justificado a la luz del Nuevo Testamento. No se trata de una pureza mayor o menor, sino de salvación o condenación. La salvación del individuo está siempre en peligro. Mientras el hombre se encuentre en el *status viatoris*, puede perder la comunión con Cristo.

La predicación del juicio en el Nuevo Testamento coloca al hombre ante la posibilidad de un doble final de la historia universal e individual. Existe la posibilidad del fracaso¹²². La predicación del juicio desempeña también un papel decisivo en los profetas veterotestamentarios; pero no es sino el reverso de la predicación de la *basileia* por Jesús¹²³. Y esto, a pesar del énfasis de la voluntad misericordiosa de Dios, que abarca a todos los hombres¹²⁴. La redención es objetivamente suficiente, pero la salvación del individuo es problemática. La Biblia anuncia al Dios misericordioso, pero también al Dios justo.

119. J. H. Newman entiende tal desprecio como expresión del espíritu del mundo (cfr. *Pfarr und Volkspredigten* (Predigten, Gesamtausgabe IV), Stuttgart ²1952, 114; *Zur Philosophie und Theologie des Glaubens* (Ausgewählte Werke Newmans VI), Mains 1964, 113).

120. Vgl. J. Pieper, *l.c.*, 45 s.

121. Supra p.2 y 9.

122. Mt 25,41; Jo 17,12; Jud 13 ss; Hebr 10,31; 1 Petr 4,18; 2 Tim 2,1; Lc 16,19-31; Mt 7,13s.

123. Mc 16,16; Jo 8,24; Mt 7,22 s; cfr. 1 Cor 6,2 s; 15,26; Rom 2,5; 6,2; 12,19; 2 Petr 2,9; Hebr 9,15; 6,2; 1 Petr 4,13; 2 Petr 1,11; Jac 5,9; Apoc 20,12; 22,12.

124. 1 Tim 2,4s.

San Pablo subraya la certeza de la salvación; su esperanza se basa, en efecto, en las acciones salvíficas de Dios ya realizadas¹²⁵; pero recuerda también el juicio¹²⁶ y la precariedad de la situación salvífica¹²⁷. Exhorta al temor saludable¹²⁸ y amenaza a los viciosos con la exclusión del reino de Dios¹²⁹.

Ya Platón habla de caída remediable e irremediable¹³⁰. También la Biblia distingue entre pecados graves y leves, entre pecados mortales y pecados veniales porque hay puntos más o menos importantes de la ley moral, y diversos grados de libertad y de conocimiento por parte del hombre¹³¹. La Biblia menciona algunos pecados mortales que excluyen del reino de Dios, como lujuria, inmoralidad, libertinaje, adulterio, idolatría, brujería, enemistad, riñas, asesinato, calumnia¹³². Exhorta a los creyentes a no tener trato con libertinos, codiciosos, ladrones, idólatras, viciosos o borrachos¹³³.

Sabemos por el Concilio de Trento, que es verdad de fe la posibilidad de cometer pecados mortales¹³⁴ y, por tanto, la posibilidad de la pérdida de la salvación. También la oración litúrgica de la Iglesia señala la precariedad de la salvación¹³⁵.

Es cierto que los *peccata mortalia* en ocasiones no son formalmente tales, ya que falta muchas veces el conocimiento suficiente y la libertad de decisión, como nos han enseñado la psicología, la sociología y la investigación de la conducta¹³⁶. El alcance del pecado tampoco puede dictaminarse desde fuera, aunque existen criterios objetivos¹³⁷. Pero sería un error considerar el pecado mortal como una excepción o limitarlo al «pecado del puño alzado», es decir, a la re-

125. *Rom* 5,1-11; 8,24-39.

126. *2 Cor* 5,10; *Rom* 14,10.

127. *1 Cor* 10,1-13; *Gal* 6,7s; *Col* 3,5s.

128. *Phil* 2,12; *Rom* 11,20ss.

129. *1 Cor* 6,9s; *Gal* 5,21; *Eph* 5,5.

130. J. Pieper, *l.c.*, 85.

131. *Mt* 7,3; 23,24; *Lc* 16,10; *Rom* 1,29; 6,13; *1 Cor* 6,9; *Gal* 5,19; *1 Jo* 1,8; *Jac* 3,2.

132. *Gal* 5,19ss; *1 Cor* 6,9s; *Col* 3,5; *Eph* 5,3-7; *Rom* 1,29-32.

133. *1 Cor* 5,10s.

134. *DS* 1544.1577s.

135. Cfr. el «Hanc igitur» del canon romano, el apéndice del Ave María y la oración para implorar la gracia de la perseverancia.

136. Nos referimos a la posible falta de advertencia o de real consentimiento por parte del pecador. No obstante es preciso también indicar que el consentimiento es acabado o perfecto cuando se da el grado ordinario de libertad que tenemos. Sin duda es un elemento difícil de constatar.

137. J. Pieper, *l.c.*, 92 s.

belión consciente contra Dios. El momento decisivo del pecado mortal es más bien la entrega a un bien creado, que implica por su parte la separación de Dios como fin último¹³⁸. ¿Cómo se puede conocer la opción fundamental, si no es en las opciones y actos concretos del hombre?¹³⁹.

La confianza en la misericordia de Dios no tiene sentido si el hombre encuentra en cualquier caso la salvación. El pecado, la responsabilidad personal y la conciencia moral se convierten en conceptos vacíos si todos alcanzan indefectiblemente el fin. También la pastoral pierde su última motivación, siempre sobrenatural; sólo puede tener sentido un sentido psicoterapéutico. La santificación individual, la práctica de la virtud y el martirio resultan asimismo superfluos.

Se trata en última instancia de la cuestión de la libertad o del grado de conciencia del hombre. La complejidad de la opción humana puede ser un pretexto para volatilizar la sustancia del pecado. Pero esto desdice de la mayoría de edad del hombre y de la seriedad de su conducta; y redundante, a la postre, en desdoro de Dios¹⁴⁰.

6. Resumen

El pecado nos remite al misterio de la gracia y la verdad de la redención por Cristo, que está relacionada por su parte con el *Mysterium iniquitatis*. La realidad de la redención viene a iluminar el misterio del pecado, y viceversa¹⁴¹.

A la luz de la redención, sin embargo, el bien se revela más poderoso que el mal. En la nueva creación por la gracia, el mundo «fue renovado de un modo más maravilloso», porque Dios mismo se une íntimamente a él en la figura del Redentor. «Si el pecado fue grande, la gracia fue mayor»¹⁴². Este significado positivo del pecado en el plan

138. G. Greshake, *Zur Erneuerung des kirchlichen Bußwesens*, in: A. Exeler, F. J. Ort Kemper, G. Greshake, R. Waltermann, *Zum Thema BußBe und Bußfeier*, Stuttgart 1971, 114; A. Ziegenaus, *l.c.*, 252s.

139. G. Greshake, *l.c.*, 114s; A. Ziegenaus, *l.c.*, 253 s; A. M. Dorn, *l.c.*, 141s.152s.

140. A. Ziegenaus, *l.c.*, 257; J. Görres, *Schuld und Schuldbewältigung in der Psychoanalyse*, in: W. Zauner, H. Erharter Hrsg., *Freiheit-Schuld-Vergebung Österreichische Pastoraltagung 28-30 Dezember 1971*, Wien 1972, 77.

141. L. Scheffczyk, *Wirklichkeit und Geheimnis der Sünde*, *l.c.*, 69-71.192s; M. Sievernich, *l.c.*, 298.

142. *Rom* 5,20.

salvífico de Dios se expresa claramente en la liturgia cuando habla, en la noche de Pascua, de *felix culpa*.

El drama de la existencia cristiana se realiza en la dialéctica de pecado y redención. Si se exagera el poder del pecado en el plan salvífico de Dios, se debilita la redención y se incurre en el pesimismo y el fatalismo; si se desprecia, queda oscurecida la realidad salvífica cristiana, se destruye su dinámica y se incurre en indiferencia y en un laxismo ético¹⁴³.

El hombre debe apropiarse la redención objetiva. El pecado mantiene aún su fuerza en el redimido; por eso su salvación está siempre en peligro; pero si se esfuerza en una vida de penitencia, puede encontrar, conservar e incrementar mediante la gracia la salvación otorgada en la redención.

143. Cfr. L. Scheffczyk, *Wirklichkeit und Geheimnis der Sünde*, I.c., 194-200.

